

Espejo de Príncipes

Sólo la Verdad Indispensable

POR LORENZO MEYER

NO está usted para saberlo, pero yo sí para contarle: hace poco recibí un libro acompañado de una tarjeta que decía: "Con los atentos saludos de Miguel de la Madrid Hurtado". Se trata de *Las razones y las obras*, una crónica de 325 páginas del primer año de este sexenio, elaborada por la *Unidad de la Crónica Presidencial* y que ya está circulando. Agradezco la inesperada distinción.

Las razones y las obras se me antoja un ejemplo moderno del género de "espejos y príncipes". Como se recordará, en la Edad Media y el Renacimiento solían escribirse manuales para hacer saber a los príncipes cuáles eran los secretos del arte de la política; Maquiavelo es el autor más célebre en este campo.

MUCHA agua ha corrido bajo los puentes desde entonces; ahora son los gobiernos los que gustan de escribir cuál es la forma apropiada de gobernar para que sus súbditos se enteren, comprendan, acaten y crean. Este nuevo espejo de príncipes refleja, obviamente, una imagen muy positiva y el verdadero arte de los autores consiste en hacer creíble esta imagen.

La tarea no es fácil, pues equivale a ser juez y parte, pero tratando de que no se note. Debo admitir que en este caso particular los autores —tres historiadores y un economista— han hecho un trabajo profesional: presentan de manera clara, precisa y bien escrita las cosas que fueron importantes en 1983, aunque no necesariamente con todos los detalles. En este sentido, la obra es un reflejo del discurso de este gobierno: la verdad... pero no toda la verdad, sólo la indispensable.

Esta crónica hecha desde el gobierno es una obra política y como tal es conscientemente parcial, aunque de manera discreta. Generalmente, todo aquello que a ojos del gobierno es positivo está registrado con fechas, cifras y datos e incluso explicado: la renovación moral, la renegociación de la deuda externa, el PIRE, el Plan Nacional de Desarrollo, los esfuerzos por encontrar una alternativa a las soluciones de fuerza en Centroamérica,

etcétera. En cambio, el tratamiento de las zonas grises de la acción oficial es más parco, y ahí se favorece a la descripción sobre la explicación.

★

ES el caso de los procesos electorales que no resultaron tan transparentes como se había prometido, de la represión contra algunos de los varios disidentes que ganaron las calles, de la tirantez en la relación entre el movimiento obrero oficial y el gobierno, de los pobres resultados de la moralización policiaca o, sobre todo, del gran costo social que ha significado la política de austeridad (todo sube mucho, excepto el costo del trabajo). Ahora que, viendo el lado positivo, diremos que todo está consignado, lo bueno y lo malo.

En efecto, los autores de esta autobiografía del sexenio aceptan que la oposición puso en duda la limpieza de algunas elecciones en Baja California, Sinaloa, Puebla, Michoacán y Oaxaca, pero lo hacen con gran parquedad y sin explicar nada. Ahí donde ahondan, como en el caso de Juchitán, el incidente se cierra con un final feliz: "El proceso electoral y el cambio de autoridades ocurrieron finalmente sin más hechos que lamentar". ¿Será? También está la golpiza que se llevaron los normalistas de la CNTE en julio del año pasado por dislocar el tránsito capitalino en su afán de oponerse a la política de descentralización de la SEP. La cronología no niega el hecho, aunque un lector un tanto distraído nunca podría tener cabal idea del grado de violencia con que se mandó a sus casas, previo paso por el hospital, a algunos de los protestantes, ni de que el odio por la policía llevó a

muchos de los apolíticos espectadores a solidarizarse con los reprimidos y aventar desde sus oficinas objetos pesados, máquinas de escribir incluso, sobre los "guardianes del orden".

Poniendo los más con los menos, resulta alentador comprobar que existe un cierto propósito de modernidad en la propaganda oficial. Al incluir lo no tan bueno revuelto con lo bueno, la crónica se hace creíble y se aparta de esos innumerables trabajos oficiales de estilo soviético que son mero autoelogio.

Como ya señalé, en algunos puntos —sobre todo los positivos—, la obra trata de ser no sólo narrativa sino explicativa. Por esta vez tal empeño resultó conveniente, pues los problemas más difíciles a los que se enfrentaron en 1983 Miguel de la Madrid y su grupo pudieron ser presentados y explicados como herencia del pasado, sobre todo del pasado Lopezportillista. Sin embargo, conforme avance

el sexenio los cronistas oficiales van a tener que irse con más tiempo, pues el pasado va a quedar cada vez más lejos y las obras y las razones y sinrazones de 1983 a 1988 van a tener

que encontrarse en el sexenio mismo, sin chivo expiatorio. Será entonces cuando realmente com probemos hasta dónde ha avanzado el Príncipe en su capacidad de objetividad y hasta dónde

de sus cronistas son capaces de defender el profesionalismo del que ahora hacen gala. De cómo se resuelva este problema dependerá que la obra sobreviva con dignidad.